
Sendas de frontera

Dr. Tomás Marcos Martínez, Osa
Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid
ORCID: 0000-0003-0269-0204

Recibido: 30 abril 2025 / Aceptado: 30 julio 2025

Resumen: La religión se hunde en Occidente a ojos vista. Por increíble que parezca, es un hecho matemático, como dijeron al capitán del *Titanic* (película de 1997) tras el impacto con un iceberg, mientras el trasatlántico seguía a toda máquina. Sin embargo, no habría que derramar ninguna lágrima. Lo importante es la espiritualidad, los valores del espíritu, a la que debe servir la religión, las instituciones del espíritu. La enseñanza de Jesús,

el evangelio, ha redescubierto y realzado la esencia de la espiritualidad. Por eso, su persona representa la revelación culminante, su doctrina vale para toda la humanidad. Así, nos encontramos en un territorio fronterizo, desconocido. Deberíamos conjurarnos para caminarlo juntos.

Palabras clave: Religión, espiritualidad, revelación, esperanza, fraternidad, misión.

Border Paths

Abstract: Religion is clearly sinking in the West. As unbelievable as it may seem, it is a mathematical fact, as said to the captain of the *Titanic* (1997 film) after the impact with an iceberg, while the liner continues at full speed. However, no tears should be shed. What is important is spirituality, the values of spirit, which must serve religion, the institutions of the spirit. The teaching of Jesus, the gos-

pel, has rediscovered and enhanced the essence of spirituality. That is why he represents the culminating revelation; his doctrine is valid for all humanity. So, we are in an unknown border field. We would ally to walk it together.

Keywords: Religion, spirituality, revelation, hope, fraternity, mission.

Este artículo quiere ser continuación de otro anterior en el que constatábamos el declive irremediable de la religión, también de la religión cristiana, debido al progreso de la ciencia y la conciencia.¹ La ciencia como explicación empírica del mundo vuelve infantil la explicación religiosa, basada en intuiciones míticas y revelaciones sobrenaturales. La conciencia en cuanto captación de la unicidad personal rechaza normas externas que rebajan su razón y libertad, propone una autorrealización y ética autónomas. Asimismo, postulábamos el auge de la espiritualidad, en su acepción de interioridad humana, que siempre ha sido un bien precioso, desde el dualismo ancestral escanciador del alma como esencia hasta la psicología actual que propone la identidad en el yo íntimo.

I. DESBROCES

Nos encontramos en la linde entre religión y espiritualidad, un terreno ignoto en el que no nos atrevemos a abandonar la fronda religiosa por el vértigo que produce la ausencia de confines de lo espiritual, un territorio de espesa bruma que lo mismo puede abocar a un paisaje paradisiaco que a un precipicio sin fondo. En el avance a tientas por la frontera, la fe cristiana tendría mucho que aportar, debiera encabezar la marcha –arriesgando por consiguiente más– en su convicción de haber vislumbrado el resplandor de la revelación divina.

1. Autocrítica de la religión

La diferencia entre fe y religión aparece de forma solapada desde la primera teología cristiana. Fe, siguiendo su etimología (*fides*, “seguridad”), tiene que ver con confianza, en nuestro caso la asunción del sentido trascendente de la realidad; en tanto que religión, asimismo etimológicamente (*religare*, “atar”), aludiría a las prácticas regladas para el contacto con la divinidad. La patrística estableció de esta manera la distinción por

¹ T. MARCOS, *En las fronteras del cristianismo*: Estudio Agustiniano 54.

un lado de *fides qua*, la confianza en Dios, y por otro de *fides quae*, el contenido estructurado de aquélla.²

Esta diferenciación se mantendría más bien latente, inteligible sólo a espíritus cultos. La conflagración entre lo fiducial y lo religioso encontró su paroxismo en la Reforma. Para Lutero, lo único válido para acceder al don de la salvación es la fe, *sola fides*, el abandono completo en Dios, que nos justifica a pesar de nuestras obras de pecado. En cambio, las instituciones religiosas –la mayoría de los sacramentos, el ministerio jerárquico, las prácticas piadosas– no sirven más que para atascarnos en nuestro pecado, en el orgullo de la autojustificación.³ Karl Barth y su teología dialéctica ratificarán esta contraposición para afirmar expresamente que la religión es sólo idolatría, la pretensión blasfema de controlar a Dios; la fe o la revelación, por el contrario, provienen de la soberanía de Dios, la autodonación de lo totalmente Otro para justificar al hombre.⁴

Superados los ribetes extremistas de la Reforma y la neoortodoxia barthiana, el contraste entre fe y religión es algo académicamente aceptado y conceptualmente útil, la primera referida a la actitud abierta a lo supramaterial, la segunda describiendo la regulación dogmática, litúrgica y canónica de las instituciones confesionales. “Religión es el complejo de credo, código y culto”, mientras la fe se expresa como “la experiencia de lo trascendente”.⁵ Partiendo de esta distinción habría que comenzar a adentrarse en la frontera. En este camino incierto, la religión debiera dar un paso atrás, dejar la iniciativa a la fe común, a los principios de la espiritualidad: el misterio del ser y la búsqueda de sentido, la irrepetibilidad del individuo y la necesidad de fraternidad, la insatisfacción existencial y el anhelo de felicidad...

La religión siempre ha jugado con ventaja. Se fundamenta en la espiritualidad como experiencia universal, inherente a la condición humana, y la institucionaliza contribuyendo a su fijación y comunicación. Cumplida su función de estructuración, tiende a mantenerse a sí misma, indepen-

² SAN AGUSTÍN, *La Trinidad* 13,5.

³ *Comentario a la Carta a los Romanos* 12,2; 14,1.

⁴ *Carta a los Romanos* 7.

⁵ P. KNITTER, *El cristianismo como religión absoluta. Perspectiva católica*: Concilium 156.

dientemente de la fe que la origina, como ha descubierto la sociología, deviniendo así disfuncional.⁶ La religión entonces, muy segura de sí, promete el oro y el moro, salvación, felicidad, respuesta a las carencias humanas, que nadie más puede colmar. ¿Quién va a despreciar el regalo de la plenitud? Se protege a sí misma además diciéndose irrefutable, sus promesas no se pueden impugnar dado que sobrepasan la comprobación empírica. Así ha sostenido su pervivencia intocable siglo tras siglo. Sin embargo, la objeción es simple: sus soluciones no se pueden rebatir, sin duda, pero por lo mismo tampoco se pueden demostrar. Las religiones se parecen a castillos en el aire: se aprovechan de la necesidad de protección, del ansia de sentido, pero al cabo sólo ofrecen quimeras. Actualmente, al proveer el desarrollo de la ciencia y la técnica un entorno de mayor seguridad intelectual y material, lo religioso inevitablemente empieza a retroceder, “ha pasado el tiempo de la religión”.⁷

La espiritualidad, en cambio, no va a desaparecer, conforma la naturaleza humana, es el hombre mismo, espíritu encarnado o cuerpo animado, acompaña la historia de la humanidad. Resulta además, por contradictorio que parezca, que la crítica de la religión no es una traición al cristianismo, sino su máxima lealtad. La predicación de Jesús supone una superación de la religiosidad judía, se podría decir que el profeta nazierno es el prototipo de la fe no religiosa. Su mensaje consistió en una deconstrucción de la ley y el culto, el armazón de la tradición veterotestamentaria: las antítesis evangélicas: “fue dicho... pero yo os digo” (Mt 5,21ss), en las que corrige e interioriza la ley, son buena muestra de ello; o de igual modo la máxima: “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2,27), que invierte la prioridad ceremonial sobre la ética. La actividad jesuana fue una relativización cívica desde la compasión por los necesitados: “amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios” (Mc 12,33), que para la mentalidad judaica debió ser demasiado valer, en tanto para Jesús complacer a Dios era “misericordia y no sacrificio” (Mt 9,13).

Entonces, ¿cuándo se torció el impulso primigenio? ¿Cuándo la religión despachada fue desechada, retomó su estatus sobre la fe escueta,

⁶ M. WEBER, *Economía y sociedad* 1,3, 12a.

⁷ D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión* 30.IV.1944.

se impuso en una sorda venganza? En realidad, era algo inevitable. Es el principio sociológico de la institucionalidad del carisma para que pueda perdurar en el tiempo. La teología protestante ha identificado este paso ya en el NT, particularmente en las cartas pastorales, que mencionan la necesidad de ordenación ministerial y guarda del depósito doctrinal (1Tm 4,14; 6,20), lo que ha denominado apologéticamente “protocatolicismo”.⁸ Aun concordando, habría que sospechar si esa opción no se ha abierto camino antes, desde el principio, en el mismo Pablo, que exige varias veces orden en la comunidad y la liturgia (1Cor 14,26ss).

Habremos de acoger sin miedo, por tanto, el declino de la religión. Ésta desaparece, pero no habría que lamentarse por su caída, se ha aprovechado demasiado de las carencias humanas, se ha servido excesivamente del deseo de poder de las élites. En cambio, la espiritualidad permanece, como no puede ser de otro modo, el espíritu condensa la condición del hombre. Habría entonces que concretar lo más posible la esencia espiritual humana, su núcleo común.

2. Un nuevo ecumenismo

La palabra ecumenismo brota del griego clásico *oikeín*, “habitar”, cuyo participio pasivo *oikouméne* alude a la tierra “habitada”. La cultura helénica denominará ecumene al mundo en general, y lo mismo harán los romanos, tan deudores como fueron de los griegos, ajustando esa palabra a su gran Imperio.⁹ Así aparece también en el evangelio: “salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo [*ten oikouménen*]” (Lc 2,1), esto es, los moradores del suelo imperial. Más amplio se muestra el diablo, no va a ser menos que el césar, que tienta a Jesús con “el poder y la gloria de todos los reinos de la tierra [*tes oikouménes*]” (Lc 4,5). La Iglesia cristiana, cuando obtuvo en el siglo IV la legalidad estatal y consiguió juntar a obispos de todas las esquinas del Imperio (318 mitrados nada menos, hoy parecerán pocos) para resolver la cuestión de la divinidad de Jesucristo, llamó a esta magna reunión “concilio ecu-

⁸ E. KÄSEMANN, *Ensayos exegéticos* 13.

⁹ POLIBIO, *Historias* 3,1; JOSEFO, *La guerra de los judíos* 2,388.

ménico”,¹⁰ por tanto, una asamblea mundial cuyas decisiones obligaban a todos.

Habrá que calzar botas de más de siete leguas, concretamente quince siglos, para encontrar una nueva acepción en la palabra ecuménico. Cansados los misioneros protestantes de la flagrante contradicción de predicar la caridad despotricando unos contra otros, se constituye en Londres en 1846 la Alianza Evangélica. En esta primera reunión, uno de los participantes, el pastor calvinista francés Adolphe Monod, agradeció a los organizadores “el espíritu ecuménico que habían mostrado”.¹¹ Manteniendo el mismo sentido de fondo, “universal”, estaba situando el término ecuménico en el contexto cristiano de reversión de la división, agregándole así la acepción de “unitario”. A partir de entonces irán consolidándose los trabajos y organismos intracristianos en pro de la unidad, desembocando en la creación del Consejo Mundial de las Iglesias en 1948 en Ámsterdam. Dicho denuedo se denominará comúnmente *ecumenismo cristiano*, el movimiento para la unión de sus confesiones.

La Iglesia católica se ha ido subiendo al carro de modo renuente y oculto. La idea oficial era que los demás cristianos habían desgarrado el único Cuerpo de Cristo y por tanto ellos debían arrepentirse y retornar. “La Sede Apostólica no puede de ninguna manera participar en sus reuniones, como tampoco los católicos deben adherirse ni prestar ayuda a tales intentos”.¹² Sin embargo, poco a poco, se irá abriendo paso en ella la buena disposición, hasta acabar declarando solemnemente que “promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los principales propósitos del concilio ecuménico Vaticano II”. Se considera una obligación de fe, “la división contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña la causa santísima de la predicación del evangelio a todos los hombres” (UR 1).

El ecumenismo avanza a paso de tortuga. Más allá de abandonar la descalificación mutua de herejes y cismáticos, de la buena voluntad para el diálogo y el conocimiento recíproco, de documentos teológicos comunes

¹⁰ *Oikoumenikén sínodon*, denominación que el concilio de Constantinopla (canon 6) aplicó al fundacional de Nicea.

¹¹ J. BOSCH, *Ecumenismo 1*: C. Floristán, Nuevo Diccionario de Pastoral.

¹² Pío XI, *Mortalium animos* 10.

y convocatorias de oración conjunta, en la práctica estamos en el mismo sitio. La retórica sin hechos se desautoriza a sí misma, deviene un cuerpo exangüe. Hace tiempo, a principios de los 70, reconocidos teólogos de distinta procedencia afirmaron que este ecumenismo había tocado techo, proponiendo como única posibilidad una federación de confesiones cristianas cuya dinámica pudiera llevar por sí sola a una mayor integración.¹³ Sin embargo, nuestra sociedad desarrollada occidental, de tradición hondamente cristiana, marcha de modo galopante hacia la descristianización. Entonces, ¿es necesario el acuerdo en el cristianismo si el cristianismo no es necesario? El ecumenismo cristiano parece arrollado por los acontecimientos.

En la segunda mitad del siglo XX distintas elaboraciones teológicas sin conexión entre sí van a desembocar en el concepto de *ecumenismo religioso*. Recuperando su sentido etimológico, el ecumenismo será entendido como la aproximación entre las religiones del mundo para el bien común de la humanidad. El sacerdote hispano-indio Raimon Panikkar, conocedor de las tradiciones cristiana, hindú y budista, empezará a hablar hacia los años 60 de “ecumenismo ecuménico”,¹⁴ indicando la necesidad del acercamiento entre la totalidad de las confesiones para el mejoramiento colectivo. La expresión resultaba cacofónica y confusa, pero la idea se revelaba acertada: la colaboración entre religiones, el diálogo interreligioso, muy bien puede redundar en el progreso ético y la evitación de guerras.

En la década de los 70 el teólogo presbiteriano inglés John Hick fue concluyendo que las distintas religiones son en principio diversas corrientes surgidas de la misma fuente que es Dios. Llamó a su propuesta “revolución copernicana teológica”: pasaba de un modelo de revelación cristocéntrico, que concibe a Cristo como culmen de la manifestación divina al que deben referirse todas las religiones, a otro modelo teocéntrico, que entiende que todas las religiones provienen de la misma revelación de Dios, de la que Jesús es una expresión entre otras.¹⁵ La cristología dogmática quedaba radicalmente demediada, dejaba de asumir la automanifestación definitiva de Dios –las demás religiones eran manifestaciones

¹³ O. CULLMANN, *Verdadero y falso ecumenismo* 1,4; K. RAHNER, *Cambio estructural de la Iglesia* 3,2.

¹⁴ R. PANIKKAR, *La nueva inocencia* 3,4.

¹⁵ J. HICK, *God and the Universe of Faiths* 9.

parciales que encontraban en ella plenitud– para convertirse en una irradación más, igual a las otras.

A partir de aquí irá surgiendo una teología de las religiones o teología ecuménica que quiere fomentar el diálogo interreligioso. Se encuadran tres modelos de relación entre el cristianismo y las otras religiones. Primero, el tradicional “exclusivismo” o “eclesiocentrismo”, que consideraba la revelación cristiana reglada por la Iglesia como la única verdadera, fuera de la cual no había salvación, y donde no cabía mucho diálogo. Le sustituirá el “inclusivismo” o “cristocentrismo”, que oficializado por el Vaticano II entiende a Jesucristo como la revelación suprema en la que todas las demás hallan la meta, pero sigue conllevando una distorsión de superioridad propia frente a la inferioridad ajena. Habrá de darse un paso más para llegar al “pluralismo” o “teocentrismo”, en el que todas las religiones tendrían el mismo rango, ninguna sería superior a las demás, y así podrán establecer un diálogo auténtico en igualdad de condiciones, en el que todas puedan enseñar y aprender.¹⁶

El ecumenismo religioso, sin embargo, al igual que su homónimo cristiano, va quedando desfasado por la fuerza desbordante de los hechos. La religión en cuanto estructura de las creencias, se va desmoronando sin estrépito en Occidente. El resto del mundo, que lo mira ensimismado por su desarrollo material, no dejará de revertir en su mismo destino. La religión ha servido para dar respuestas consoladoras en entornos inseguros, pero el progreso científico va ganando cotas de seguridad inimaginables (técnicas, sanitarias, económicas), que redundan en detrimento de lo confesional. De este modo, paradójicamente, el ecumenismo religioso se vuelve inservible a medida que mejora.

Llegados a este punto, resulta imprescindible avanzar hacia un ecumenismo general, tal vez mejor sin ninguna adjetivación, en el sentido de unionismo de la humanidad, en busca del “bien común de la familia humana”.¹⁷ Si debemos concretarlo con un adjetivo, dado que así han discurrido los anteriores, se ha propuesto llamarlo *ecumenismo secular*, puesto que implica un diálogo entre todas las culturas más allá de lo estrictamente

¹⁶ R. GIBELLINI, *La teología del siglo XX* 16,3.

¹⁷ *Gaudium et spes* 26.

religioso.¹⁸ En contra del sintagma podría aducirse que suena excluyente de lo religioso, cuando en realidad lo que pretende es asumirlo y ensancharlo. Una alternativa podría ser *ecumenismo espiritual*,¹⁹ que aunque parezca contradecir lo anterior, más bien pretende hablar de confluencia y colaboración en la espiritualidad humana, esto es, en lo trascendente, los valores. Se trataría, por tanto, de buscar una cooperación universal entre creyentes, no creyentes y agnósticos o indiferentes en lo que atañe a la mística de la humanidad, la espiritualidad ecuménica o ecumenismo espiritual.

Tal ecumenismo sería el paso previo, situarnos en un amplio claro en medio de la espesura, para averiguar posibles senderos en la frontera, la prospección de trochas comunes que todos podamos transitar, un compromiso mutuo para caminar juntos en la encrucijada. Pues bien, la esencia de la espiritualidad universal podemos encontrarla diáfana y limpia, como una mañana de primavera, en la revelación de Jesús.

3. Revelación como desvelamiento

El destino de los prefijos lingüísticos es la equivocidad, valen tanto para un roto como para un descosido, para una cosa como para su contraria. Por ejemplo, *des-* funciona por un lado como negación (desconfiar, deshacer) y por otro como afirmación (desposar, destrozar). Lo mismo sucede con *re-*, que señala repetición (reconstruir, revisar) al mismo tiempo que oposición (refluir, reprobar). Con tales contrastes semánticos a partir de una misma preposición parece un milagro que podamos entendernos...

En el lenguaje cotidiano, revelar no significa volver a velar sino justamente su opuesto: quitar el velo, descubrir algo escondido. Vamos a centrarnos en este sentido básico de revelación, el simple desvelar, mostrar lo que ya estaba en el hombre pero quedó oculto por las culturas y los siglos. Llegaremos entonces a Cristo como cumbre, porque ha redescubierto la

¹⁸ G. CASALIS, *El desmembramiento del ecumenismo*: P. Lonning, El futuro del ecumenismo.

¹⁹ *Unitatis redintegratio* 8 habla de “ecumenismo espiritual” en otro sentido, el de promoción de la unidad entre cristianos a partir de la oración y la conversión del corazón.

médula del ser humano, lo que nunca había dejado de estar en su interior, lo que todas las generaciones habían buscado y expresado, pero había sido difuminado por mitos, filosofías y teologías.

La revelación es uno de los conceptos centrales de la teología cristiana. Se refiere a la manifestación de Dios, la comunicación de su presencia, que es al mismo tiempo llamada de salvación. Además de la revelación ordinaria o natural a través de la creación –el poder de la tormenta, la majestad de las montañas, la belleza del cielo estrellado–, que han captado todas las religiones, existe la revelación extraordinaria o sobrenatural, acaecida en la historia, de la que ha sido consciente Israel –liberación de Egipto, alianza del Sinaí, dinastía davídica–. Ambas se han evidenciado mediante la revelación interior o individual, depurada en el acontecimiento de Jesucristo –conciencia de Hijo de Dios, radicalismo altruista, comportamiento redentor–, resultando para sus seguidores el culmen de la manifestación divina.

No hay más que leer el prólogo del evangelio de Juan: “al principio existía la Palabra [*Lógos*], y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. [...] Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. El término griego *Lógos* se utiliza razonablemente como concepto para expresar la armonía del universo,²⁰ expresión evidente de la presencia de Dios (Rm 1,20). Esto mismo aparece en el comienzo de la *Carta a los Hebreos*, aunque utilizando otro nombre: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, [...] resplandor de su gloria, impronta de su ser”.

Mucho tiempo después, contrariando a la Ilustración, que igualaba a todas las religiones desde la ética, el pensamiento decimonónico ha querido asentar mediante el razonamiento la preeminencia del cristianismo. La elaboración hegeliana sigue la pura especulación para concluir que si desde la dialéctica se llega a la verdad de las cosas, una revelación que se base en la encarnación humana de Dios constituirá por sí sola el último estadio, el espíritu absoluto. Tal es el idealismo: la solidez de la argumentación se convierte en la verdad deslumbrante. El problema es que la evidencia lógica no es sinónimo de realidad, como se ha objetado continuamente en la

²⁰ HERÁCLITO, *Fragmentos* 1.

historia de la filosofía a sus defensores, desde el platonismo hasta el idealismo alemán, pasando por el argumento ontológico de san Anselmo.²¹

Otro intento más empírico ha indagado en el contenido de la predicación de Jesús buscando su aportación distintiva y superior, el meollo de su doctrina. Las respuestas son bastante unánimes, girando en torno a dos valores. De un lado, la caridad, el amor incondicional al prójimo,²² que suele componer un consenso general entre los cristianos. De otro lado, la gracia, el amor previo de Dios hacia sus criaturas,²³ que integrando la postura anterior le añade una fundamentación teórica, de modo que pueda aguantar las dificultades prácticas. Efectivamente, hay que concordar en estos dos valores.

El centro de la vida pública de Jesús es el reino de Dios, su cercanía tan intensa que es ya una presencia. Así irrumpió en escena: “el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, convertíos y creed la buena noticia” (Mc 1,15). ¿Qué significa esta proclamación? Pues “buena noticia”, *euaggélion*, anuncio de la salvación de Dios (Lc 4,18ss), expresada en sus milagros como curación (Lc 11,20), en sus parábolas como alegría (Mt 13,44), en su contacto con marginados como misericordia y perdón (Mc 2,1ss). La otra metáfora característica de Jesús, Dios como padre cariñoso, ‘*abba*’, es sinónima de la anterior. Ambas resaltan que Dios es benevolencia, gracia, lo que sintetizaron admirablemente sus discípulos: “Dios es amor” (Jn 4,8). La enseñanza primordial de Jesús se resume pues en el *amor de Dios*, genitivo subjetivo, el amor que Dios nos tiene.

Cuando preguntaron a Jesús por el mandamiento principal buscaban una guía de actuación en la maraña de prescripciones rituales y morales. Su respuesta fue simple y clara como el agua: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [...] El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas” (Mt 23,37ss). La origi-

²¹ J.R. GEISELMANN, *Revelación*: H. Fries, Conceptos fundamentales de la teología 4.

²² Es la conclusión tanto de L. FEUERBACH, *La esencia del cristianismo* (1841), como de A. HARNACK, *La esencia del cristianismo* (1900), si bien con distintos matices.

²³ Tesis de R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo* (1929), que la centra en la persona de Jesucristo; y también de B. FORTE, *La esencia del cristianismo* (2002), que la sitúa en la Trinidad. En ambos casos se parte del don de Dios.

nalidad que introduce es que de los dos mandatos hace uno, uniéndolos de modo indistinguible. Y el criterio de acción, el *primus analogatum*, no puede decidirse más que desde el amor al prójimo. Como captaron sus seguidores: “no se puede amar a Dios, a quien no se ve, si no se ama al prójimo, a quien se ve” (1Jn 4,20). En conclusión, la respuesta al *amor de Dios*, visto anteriormente, es el *amor a Dios* mediante el *amor al prójimo*.

Por consiguiente, la enseñanza de Jesús no ha inventado nada, no ha revelado ninguna novedad, sino que ha recapturado el núcleo de la espiritualidad humana, ha desvelado la esencia de la humanidad, en él experimentamos la plenitud de la comunicación de Dios. Podríamos entender esto como una cristología ecuménica, la constatación, sostenida universalmente, de que en él convergen los dos ejes principales de la vida: la gracia (o sentido o confianza o esperanza) y el altruismo (o caridad o fraternidad o solidaridad). Sería el punto de partida para compartir nuestro camino, necesariamente conjunto, respetando los legítimos y diferentes credos y culturas. Karl Rahner ha denominado esto *cristología trascendental*, una cristología previa o apriórica, la expectativa común de alguien que ilumine el camino hacia los anhelos más profundos de la existencia, “la esperanza de un salvador absoluto dentro de la historia”²⁴.

De este modo, Jesús respondería al ansia colectiva de trascendencia y justicia, “creer que Jesús es el hijo de Dios es lo que vence al mundo” (1Jn 5,5), esto es, afrontar como él y así superar el pecado y la muerte. Pablo hablará de “culto espiritual”,²⁵ es decir, un culto no ritual sino existencial, “ofreciendo vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agrable a Dios” (Rm 12,1). Efectivamente, sentido y fraternidad conforman el acervo espiritual de la humanidad.

II. TROCHAS

La religión ha entrado en un irrefrenable declive. La espiritualidad, por el contrario, es sempiterna, coincide con nuestro ser. Este horizonte

²⁴ K. RAHNER – W. THÜSING, *Cristología. Estudio teológico y exegético* 1,2.

²⁵ *Logikén latreían*, que la *Nueva Biblia Española* traduce como “culto razonable”, asumiendo la versión de la Vulgata, *rationabile obsequium*, sin que a la postre el sentido cambie mucho.

no debiera desalentarnos, lo importante se dirime en la espiritualidad, la religión es sólo su ordenamiento. Pues bien, la revelación cristiana ha desvelado “el misterio escondido desde siglos” (Ef 3,9), la esencia de la espiritualidad universal, el amor de Dios y el amor al prójimo, que podemos transliterar como esperanza y fraternidad. Son caminos siempre entrevisados en el follaje de civilizaciones, senderos estrechos que sin embargo deberemos atravesar juntos, serían los valores que fundamentan y culminan la experiencia espiritual humana.

1. Misión impasible

El cristianismo es la única religión misionera que ha dado el mundo. Todas las demás sólo han considerado mostrarse allí donde habitan, sin ninguna pulsión de salida. Por ejemplo, el judaísmo supone que el brillo de su fe deslumbrará a los pueblos, que acudirán rendidos a su vera (Is 2,1ss). El islamismo, por su parte, asocia la expansión religiosa con la conquista política, su estilo teocrático iguala ambos aspectos. Otras confesiones, como hinduismo y budismo, se muestran sobre todo como sabidurías existenciales, miran al cambio interior del individuo trascordando la difusión social.

El impulso misionero cristiano aparece ya en las cartas paulinas, los escritos más antiguos del Nuevo Testamento: “predicar el evangelio es un deber que me incumbe” (1Cor 9,16), comenta Pablo constreñido por su urgencia, expresando sin duda una convicción de los primeros cristianos. Asimismo, los sinópticos terminan al unísono con el envío del resucitado a la misión universal, es decir, trasudan una certeza de las Iglesias primitivas. ¿De dónde les viene ese fuerte sentimiento de estar obligados al anuncio?

La respuesta puede deducirse de las reflexiones paulinas. “Si confiesas que Jesús es el Señor serás salvo”, sería el punto de partida de la nueva fe. Ahora bien, “¿cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin que se les predique?” De manera que va a quedar claro que “la fe viene de la predicación” (Rm 10,9.14.17). Dicho de otro modo: Dios es único y Jesucristo su revelación definitiva, primero; Dios es Padre y todos los hombres son hermanos, segundo. Sumando uno más dos, los cristianos se sentirán forzados a llevarlo a todas partes: tienen el privilegio de cono-

cer la salvación, y siendo el amor al prójimo su máxima, la responsabilidad de hacerla llegar al mundo les impele sin escapatoria. No es una elucubración, no es una ley externa, es la misma fe, es la conciencia creyente. Así ha sido a lo largo de la historia hasta el día de hoy: “la Iglesia peregrinante es por su naturaleza misionera”.²⁶

Los cristianos se organizaron intuitivamente para la misión desde el primer momento. “En la Iglesia Dios los puso primeramente como apóstoles” (1Cor 12,28), asevera Pablo. La palabra apóstol deriva del verbo griego *apostéllein*, “enviar”, y su sustantivo *apóstolos*, “enviado” a anunciar a Jesucristo. Fue una institución eclesial, más amplia que los Doce,²⁷ puesto que incluye al apóstol de los gentiles y a otros muchos (1Cor 15,7), pensada justamente para volcarse en la tarea misionera. De ahí que estos enviados o misioneros ocupen la prioridad en la Iglesia. El increíble celo de los apóstoles, exemplificado inigualablemente en el mismo Pablo (2Cor 11,22ss), la paciencia del testimonio vital del cristiano corriente, que simplemente irradiaba sus valores de confianza y caridad,²⁸ y la enorme masa empobrecida del Imperio, que acogió el consuelo y liberación de la nueva doctrina, serán el secreto a voces del crecimiento exponencial del cristianismo. El reconocimiento legal de la Iglesia a partir del emperador Constantino supondrá su apuntalamiento social definitivo. La historia posterior del cristianismo será la historia de su expansión misionera.

Correspondiendo al griego, y traduciéndolo, *missio* significa en latín “envío”, del verbo *mittere*, “enviar”, y sirvió desde el principio para señalar la tarea de comunicar la revelación cristiana. Es uno de los conceptos centrales del Nuevo Testamento: Jesús se sabe enviado por el Padre y a su vez envía a sus discípulos (Jn 20,21). Igualmente, Cristo resucitado encarga a los creyentes una proclamación “por todo el mundo” (Mc 16,15). Deben ser testigos de la enseñanza y significado de Jesucristo. Es una misión existencial, realizada en la vida de cada creyente, un modo cristiano de ser, que trasmite una comprensión del mundo. Mucho más tarde, en el

²⁶ VATICANO II, *Ad gentes* 2. Mismamente, la eficacia metafórica del papa Francisco habla de “Iglesia en salida” (*Evangelii gaudium* 19-24).

²⁷ Los Doce son una institución jesuana simbolizando el nuevo Israel. Ver B. RIGAUX, *Los doce apóstoles*: Concilium 34.

²⁸ A. KREIDER, *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el imperio romano* 24s.

siglo XVI de los descubrimientos de nuevas tierras, la palabra misión se va a referir al “lugar” donde se acude a predicar, las misiones.²⁹ En todo caso, el sentido primero y perenne de misión alude al “testimonio”, la actitud creyente ante el hecho de vivir.

Así pues, la misión conforma el ADN de la fe cristiana. En nuestros tiempos de cambio, cuando la religión se derrumba mientras la espiritualidad sobrevuela el peligro, dicha fe no podrá dejar de mantener una firme atestación universal, es su esencia. Sin embargo, el contenido será distinto: devendrá una misión arreligiosa, un testimonio espiritualista.

2. Un nuevo kerigma

El término kerigma, del homónimo griego *kérugma*, “proclamación”, ha pasado a designar en teología el primer anuncio cristiano, el contenido básico de la nueva fe. El ejemplo más antiguo estaría en 1Cor 15,3s: “Cristo murió por nuestros pecados [...] y resucitó al tercer día según las Escrituras”. En tan sólo una frase se condensa todo el acontecimiento cristológico. Lo componen tres rasgos: 1) Jesús es el Cristo, el Hijo, el enviado definitivo de Dios; 2) murió por nosotros, por defender la dignidad humana, contrarrestando el pecado, rescatándonos del mal; 3) aparentemente una vida modélica pero derrotada, ha resucitado, es promesa realizada de salvación, se cumplen en él las Escrituras.³⁰ La dogmática cristiana será el desarrollo cada vez más extenso de estos rasgos.

Sin renegar del kerigma eclesial, el evangelio sobre Cristo, que fundamenta y nutre para siempre nuestra fe, hemos de abrirnos a uno nuevo, el kerigma ecuménico, el evangelio de Jesús, que rescata y resalta los valores más universales. Se condensan en dos: 1) la esperanza, lo que Jesús anunciaría como presencia gozosa del reino de Dios, la afirmación de sentido, la captación de la gracia; 2) y la fraternidad, la percepción del altruismo como criterio de comportamiento, la virtud de la misericordia, la dicha de la solidaridad incondicional. Estos nuevos pivotes, siempre intuidos y vividos, habríamos de explicitarlos e intensificarlos.

²⁹ Ver K. MÜLLER, *Teología de la misión* 2.

³⁰ E. LOHSE, *Teología del Nuevo Testamento* 10.

1. *Sentido*. Que la vida es gracia, un obsequio confiado a nuestra responsabilidad lo confirma también la ciencia.³¹ Ni tiene ni deja de tener sentido, debemos construirlo nosotros, tanto colectiva como individualmente. Precisamente así es una afirmación de sentido, es esperanza. El budismo critica la esperanza en cuanto expectativa, deseo, porque conlleva frustración, dolor. Sin embargo, aquí hablamos de esperanza existencial, de opción por el sentido. No es una esperanza pasiva o teórica sino activa, que practica lo que espera, como la madre embarazada prepara la habitación de su hijo. Desde siempre la vida es esperanza: mientras hay vida hay esperanza, dice el saber popular; “donde hay esperanza, hay vida”, aseguró un testigo imponente de la locura colectiva.³² En ello no hay evidencia, no hay demostración. Es simplemente confianza, intuición, al tiempo que determinación personal, aserción de sentido.

No se trata de un optimismo realista, el mundo es como es, necesariamente imperfecto, siempre al borde del desastre, sino de un optimismo voluntarista, una decisión de confianza. Podríamos llamarlo “voluntad de sentido” o voluntad de esperanza, parafraseando el sintagma de la filosofía moderna.³³ Puede adquirir diversas formas: agradecimiento y generosidad como devolución por la existencia recibida; alegría y optimismo encarando la adversidad. La respuesta connatural humana al misterio de la vida es afirmativa: hay sentido, pero éste no tiene contenido. Es lo que llamamos esperanza. En realidad, es una decisión. Exactamente lo mismo que pedía Jesús cuando proclamaba la presencia del reino de Dios: creed

³¹ “Vamos a morir, y eso nos hace afortunados. La mayoría de la gente no morirá nunca porque nunca va a nacer. La gente que podría haber estado en mi lugar pero nunca verá la luz del día supera con creces los granos de arena de Arabia. Esos fantasmas no nacidos incluyen mejores poetas que Keats y científicos superiores a Newton. Lo sabemos porque el conjunto de individuos posibles que permite nuestro ADN supera enormemente el de personas reales. Frente a esas posibilidades asombrosas, tú y yo, tan corrientes, estamos aquí. Nosotros, los pocos privilegiados que ganamos la lotería de nacer contra todo pronóstico, ¿cómo nos atrevemos a lloriquear por nuestro inevitable regreso a ese estado previo del que la inmensa mayoría jamás escapó?” (R. DAWKINS, *Destejiendo el arco iris* 1).

³² A. FRANK, *Diario* 6.VI.1944.

³³ A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación* 2, utiliza la expresión “voluntad de vivir” como característica de todo ser, mientras F. NIETZSCHE, *La voluntad de poder* 2,23, la cambia a “voluntad de poder” aludiendo a la ambición o autodesarrollo del hombre.

la buena noticia, cread vuestra confianza, “el reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 17,21).³⁴

Qué decir del mal físico: terremotos e inundaciones que arrastran con indiferencia miles de víctimas, enfermedades que truncan la vida al poco de nacer o conllevan una agonía permanente, o la cuestión de la muerte como destino final de una vida inexplicable... Ante esto ¿cómo mantener la esperanza? No es posible una solución general. Sólo se puede abordar la respuesta desde la propia composición de sentido: percibir la existencia como un regalo único y escaso, que muy pocos reciben; sentir que la belleza de lo vivido puede compensar la desventura...

2. *Fraternidad*. La sentencia de Jesús sobre el mandamiento principal, la unión del amor a Dios y el amor al prójimo, la cataron sus discípulos a la primera: “la caridad es la ley en su plenitud”, sintetiza Pablo (Rm 13,10; también Gál 5,14). “Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”, remacha Juan (1Jn 4,20). Para Jesús el prójimo no es literalmente el próximo físico, por afinidad cultural (el *compatriota* de Lv 19,18) o por razones religiosas (el *hermano* del círculo joánico), sino el próximo metafísico, si se permite el juego de palabras, esto es, cualquier ser humano, poseedores todos de la misma dignidad de hijos de Dios, tanto un desconocido necesitado (Lc 10,29ss) como directamente un adversario, aquél de quien sólo se puede esperar lo peor (Mt 5,44).

El deber de fraternidad se ha sentido desde siempre como algo congénito al ser humano. Aparece explícito en distintas culturas y zonas geográficas sin contacto entre sí en el primer milenio antes de nuestra era, una vez desarrollada la escritura. Abarca corrientes religioso-filosóficas como el confucianismo y taoísmo en China, el hinduismo y budismo en India, el monoteísmo de Israel y el racionalismo filosófico de Grecia, para continuar en el cristianismo e islamismo. Ha decantado un axioma universal llamado “regla de oro” desde la reflexión inglesa del siglo XVII. Su formulación más breve y común sonaría así: “no hagas lo que no quieras que te hagan”. Aparece por primera vez en Confucio, en el siglo VI a.C., cuando le preguntaron si habría una enseñanza que practicar “todos los

³⁴ Literalmente, *entós humón* puede traducirse tanto “entre vosotros” como “dentro de vosotros”. Con todo, el sentido de ambas expresiones no cambiaría gran cosa: el reino está en vosotros.

días todo el día”.³⁵ En esta misma época, en los comienzos de la filosofía, se hace presente en Tales de Mileto: “evita hacer lo que censuramos en los demás”.³⁶ Retumba algún siglo después varias veces, alguna de forma positiva, por tanto más exigente, en versos del hinduismo: “trata como quisieras que te traten”.³⁷ Exactamente lo mismo repercute en la Biblia, tanto en su versión pasiva (Tb 4,15) como proactiva (Mt 7,12), añadiendo aquí los cristianos que ese principio “resume la ley y los profetas”. Hay más variantes de la regla de oro en posteriores épocas, tanto orientales como occidentales, africanas y amerindias.³⁸

Tanta coincidencia hay que interpretarla como la percepción común de vernos iguales entre nosotros y distintos respecto al resto de la creación, tal como lo expresa el relato bíblico de los orígenes. Nacemos, vivimos y morimos sustancialmente igual. Aparecemos arrojados a un tiempo y lugar que no hemos elegido, nos desvivimos sometidos al anhelo de felicidad, desaparecemos forzados por la biología o las circunstancias. Lo esencial nos asemeja, sólo nos diferencia lo accidental (altos o bajos, ricos o pobres, listos o menos...). Somos hermanos por naturaleza.

Para Jesús, este hermanamiento implica dar un paso más: generosidad hacia el desfavorecido, el principio misericordia, ayudar en nombre de la fraternidad a quien se ha quedado atrás, por mala suerte o malas decisiones o ambas cosas a la vez. Somos iguales, nos puede pasar a todos, nos gustaría que nos ayudasen en ese trance, hoy por ti, mañana por mí...

Respecto del mal moral: la guerra sempiterna con su flujo inceseante de muertos y mutilados, la injusticia y desigualdad que aboca a tantísima gente a vivir en la miseria, en suma, la maldad y crueldad campantes... ¿es viable trabajar por la fraternidad? No hay ninguna salida garantizada. El camino es entender el bien como el único modo de afrontar el mal: gane o pierda, sólo la integridad puede contrarrestar la perversidad; lo que construimos mal siempre podremos intentar reconstruirlo bien...

³⁵ *Analectas* 15,24.

³⁶ LAERCIO, *Vidas de los filósofos* 1,36.

³⁷ *Mahabharata* 12,259.

³⁸ Sobre esto, O. DU ROY, *La regla de oro. Una máxima universal*.

3. Una Iglesia ecuménica

Tras la experiencia pascual, el gozo de sentir que Cristo “está vivo” (Lc 24,5), los discípulos dispersos y derrotados se reagruparon convocados por la alegría. Eso significa justamente la palabra Iglesia, *ekklesia*, “convocatoria”, además del resultado de dicha llamada, “asamblea”.

La espontánea reunión de los creyentes encerraba una vocación de perdurabilidad. Creía en Jesús como el Cristo, el esperado, el “Hijo único” (Jn 1,14). Él era entonces la revelación de Dios, “la Palabra” de contenido eterno (Jn 1,1). Su muerte devenía por tanto redentora, era el mediador de la salvación, el “propiciatorio” (Rm 3,25). Por tanto, su doctrina y significado habían de mantenerse y difundirse. Los Doce, pensando todavía en renovar a Israel, y los Siete, apuntando ya más bien a los gentiles, comandarían el grupo (Hch 1,25; 6,3). Estos incipientes ministerios serán continuados luego por “apóstoles, profetas y maestros” (1Cor 12,28) y más tarde por pastores, evangelizadores, episcopos y presbíteros (Ef 4,11; Tt 1,5.7), dado el número cada vez más crecido de discípulos. Refuerzan la cohesión interna del colectivo mediante la celebración común de su esperanza, “reuniones” cílticas que acendraron su nombre como “Iglesia de Dios” o “Iglesia de Cristo”.³⁹ Su liturgia quiere remontar y rementar al Maestro, con la “cena del Señor” (1Cor 11,20) o la “fracción del pan” (Hch 2,42), “acción de gracias” (*eukharistía*, 1Cor 11,23) que liga en comunión con Cristo y con los hermanos.

Queda conformada así la Iglesia primera, la comunidad creyente en Cristo. Irradia a Jesucristo, proviene de él y a él proclama, pero precisa organización para preservar viva la llama de la fe, para trasmitirla en derredor difundiendo luz y calor. La fe en el resucitado, tan intensa, comencionante, implicaba una fijación propia: las experiencias, las ideas, sin una estructura que las sujetase desaparecen, se las lleva el viento. El espíritu, como indica su etimología, es “aire”, energía invisible, sutil. Necesita

³⁹ *Ekklesia tou Theoú* (1Ts 2,14) cita la *qahal Yhwh* del Antiguo Testamento (Dt 23,2). *Ekklesia tou Khristoú* (Rm 16,16) actualiza al Nuevo Testamento dicha referencia. Ver J. ROLOFF, *Ekklesia*: H. Baltz – G. Schneider, Diccionario Exegético del Nuevo Testamento 1.

encauzamiento, dirección, para ser adherente a la vida humana. No se puede andar un camino que se asiente en la “sola fe”.⁴⁰

Esta agrupación elemental de doctrina, ministros y liturgia, no necesitará más para estallar en una gran expansión sin rebajar la cohesión. Se encontrará pronto en todo el Imperio conservando un fuerte sentido de comunión, galleando de que “quedan gentes postreras, al parecer poquísimas, a las que todavía no se ha predicado”.⁴¹ Con el reconocimiento estatal y social, con el viento de espalda, seguirá desarrollándose sin pausa: *ad intra* ampliando el espectro dogmático, cíltico y canónico; *ad extra* abarcando y construyendo Europa en el I milenio, y en simbiosis con ésta el resto del mundo durante el II. Ahora, adentrados en el III milenio y envueltos en el agostamiento religioso, habrá llegado el momento del reflujo, el retorno a una Iglesia más espiritual y abierta al mundo, una Iglesia ecuménica. Esta reconversión hallaría pie en torno a dos coordenadas.

1. *Relajación institucional.* El sino de la religión será aceptar su papel secundario. ¿Es esto factible para una estructura tan dominante? Imposible saber si posible, mas lo único posible. Las religiones deberán ser defendidas en cuanto suponen un andamio en el sostenimiento de la espiritualidad. La búsqueda de sentido y la necesidad de solidaridad, sin una organización común de creencias, celebraciones y estructuras, se diluiría en ideales y vaguedades. La función de lo religioso no deja de ser instrumental, pero en cualquier modo muy importante. No podrá haber espiritualidad –asentada, esto es, colectiva– sin religión.

No debiera importar que la religión cristiana haya de ser minoritaria, algo inevitable en nuestros tiempos tecno-científicos e individualistas, su valor estribará en estar al servicio de la espiritualidad, que es universal. Se trataría por tanto de acomodar el enorme entramado estructural de la Iglesia a la nueva situación de simplicidad y apertura. Esto pediría humildad de su parte, renunciar a una hipertrofia orgánica en favor de la senci-

⁴⁰ En la Biblia la expresión *sola fide* aparece únicamente en St 2,24, precisamente para rechazar la salvación “sólo por la fe”. Lutero sin embargo la convertirá en el centro de su teología, añadiendo arbitrariamente “sólo” al texto original de Rm 3,28, base de su teología de la justificación.

⁴¹ AGUSTÍN, *La naturaleza y la gracia* 2.

llez evangélica. Juan el Bautista debería fungir de patrono: no se predica a sí mismo, sino a otro más importante, a quien no merece desatar la correa de las sandalias (Mc 1,7). La Iglesia existe sólo por y para Jesucristo, debiera ser un mero instrumento del evangelio. Esta Iglesia humilde es la sola que puede ser ecuménica. Esto no quita que pueda conservar mayor desarrollo institucional interno, tal como lo tiene, pero en su vertiente universalista, tendente al mundo, habría de concentrarse en difundir simplemente la esperanza del amor de Dios y el esfuerzo por la fraternidad. Tal supone ser cristiano, seguidor de Cristo, de su doctrina y significado esenciales. ¿Es aplicable tanta rebaja a su tradición dogmática, litúrgica y canónica?

La especulación teológica ha divagado alguna vez en torno a si los dogmas de la fe cristiana se resumirían en alguno que los abarcara a todos. Concluía que la doctrina trinitaria (la realidad de Dios) y de la gracia justificante (la presencia de Dios), por otra parte confluientes, llegarían a cumplir esta función sintetizadora.⁴² Efectivamente, podríamos concordar en la Trinidad como el dogma cristiano más pleno, henchido de alegría y hermandad. Nos enseña que Dios es Padre, en su acepción principal de amor y protección, y porque es Padre somos hermanos; que es Hijo, manifestado en Jesucristo como redención y revelación; y que es Espíritu, energía en la fe de cada creyente. El Consejo Mundial de las Iglesias, mismamente, ha acordado la fe trinitaria como el mínimo doctrinal para ser cristiano.⁴³

La eucaristía conlleva la comunión con Jesucristo y con los hermanos (1Cor 10,17), una unión profunda y espiritual, más allá de toda organización externa, deviene el Cuerpo de Cristo. Es el sacramento más propio de Jesús, más ligado históricamente a él (11,23), más denso de su significado: entrega suya, unión común. “Para muchos fieles la eucaristía es el único contacto con la Iglesia: cuidar su celebración de la mejor manera, con particular atención a la homilía y la “participación activa” de todos (SC 14), es decisivo”.⁴⁴

⁴² K. RAHNER, *Escritos de Teología* 4,3.

⁴³ *The New Delhi Report* 1,14. En el mismo sentido, *Unitatis redintegratio* 1.

⁴⁴ *Por una Iglesia sinodal. Documento final* 142.

En cuanto a lo estructural, la renovación pretendida por el Vaticano II entendió que la Iglesia es sobre todo “sacramento de salvación”, es decir, signo e instrumento del amor de Dios y entre los hombres (LG 1), al mismo tiempo que “pueblo de Dios”, comunidad convocada por Él, ligada internamente por la fe y abierta a todos (LG 13). La sinodalidad actual, o participación o corresponsabilidad o “democratización” –según escuché a un feligrés de grupos sinodales–, es el último intento de llevar a la práctica la decisión del concilio.

2. *Colaboración axiológica.* La Iglesia es la comunidad que mantiene y difunde la enseñanza y alcance de Cristo: por un lado, la exultación del reino, el amor de Dios (descluido en la resurrección), promesa sanadora para todos; por otro, la conciencia de hijos del único Padre, abocados a la fraternidad universal e incondicional. Debiera entonces conjurarse en colaborar codo con codo con aquellas instancias que comparten su axiología de sentido y solidaridad.

Para empezar, habría de empeñarse en cooperar con todas las religiones, puesto que ellas quieren responder “a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer commueven íntimamente su corazón”.⁴⁵ Particularmente con las “religiones humanistas”, las que defienden el desarrollo del ser humano, su vida y dignidad como valor supremo.⁴⁶ Resulta por ello certera la idea de que el diálogo religioso es el nuevo nombre de la misión.

Para continuar, tendría que asociarse estrechamente con las “instituciones positivas”,⁴⁷ aquéllas que promueven las fortalezas ínsitas en la naturaleza humana, como la autonomía, la sabiduría, la equidad. Por tanto: 1) la familia, “sociedad elemental”,⁴⁸ donde se aprenden vivencialmente las virtudes que componen el entramado de unos individuos maduros y una sociedad sana: altruismo, perdón, honradez; 2) el Estado democrático, el solo que favorece los derechos humanos de libertad y justicia junto

⁴⁵ *Nostra aetate* 1.

⁴⁶ E. FROMM, *Psicoanálisis y religión* 3.

⁴⁷ M. SELIGMAN, *La auténtica felicidad* 16.

⁴⁸ ARISTÓTELES, *Política* 1252b. San Agustín hace una hermosa trasposición: la familia es “Iglesia doméstica” (*El bien de la viudez* 29).

con los de respeto y participación; 3) las ciencias, tanto naturales como sociales, el único modo de avanzar en la comprensión (racional y común) del universo y el hombre, las primeras desgranando el cómo, las segundas buceando en el por qué.

La fe cristiana debiera fajarse en promover la espiritualidad humana, desentenderse un tanto de la religión. A la Iglesia no habría de importarle ser poderosa ni numerosa, sino tan sólo ser luz, sal, levadura (Mt 5,13s; 13,33), contribuir a la trasformación del mundo desde la esperanza y la fraternidad.

